

TEATRO

Juan Guerrero Zamora

TÉ Y SIMPATÍA, DIRIGIDA PER ALBERTO GONZÁLEZ VERGEL, ES VA ESTRENAR L'ABRIL DE 1957. AQUEST ARTICLE ES VA PUBLICAR POCOS DIES DESPRÉS*

Té y Simpatía, de Robert Anderson

Con esta obra se ha presentado en el Teatro Cómico la nueva compañía de Pastora Peña. La elección del título se justifica en cuanto que *Té y simpatía* ha logrado el aplauso del mundo —actualmente la representa Ingrid Bergman en París— y porque, en la débil producción norteamericana de estos últimos años, es, sin duda, fruto notable. Su tema consiste en los efectos que la comprensión o incomprendición ajena pueden producir en un muchacho. Tom Lee, sexualmente ingenuo, sensible, introvertido y tímido, sobre cuya conducta vuelcan sus compañeros y profesores sospechas de homosexualidad. La esposa de uno de estos últimos constituye su único refugio: solamente ella cree en la normal y viril rectitud del joven. Y es precisamente su marido quien más encona el cerco de la calumnia. ¿Por qué? Porque —al cabo, es ella quien lo delata— teme ser ocultamente lo mismo que su discípulo.

Problemas más o menos afines han sido dramatizados, en la literatura estadounidense, por O'Neill y Tennessee Williams; Truman Capote merodea su clima en sus novelas y relatos, y Lillian Hellman, con su drama *Children's hour* (*La hora de los niños*, traducida a veces bajo el título *Las inocentes*), traza un precedente bastante próximo. En Europa, Wedekind acrisola en el mismo crisol, y Montherlant, con *La ville dont le prince est un enfant*, analiza sutilmente reacciones, dubitaciones, despertares adolescentes, todos similares a los de Anderson y circunscritos al mismo ambiente colegial. *Té y simpatía*, por tanto, no es, contra lo que un público no especialista pudiera creer, obra sola en su audacia y riesgo. Habrá que buscarle otras virtudes.

La mejor sería, a mi juicio, el calor de ternura maternal con que Laura envuelve a Tom, y que Pastora Peña confundió en muchos momentos con una discreta coquetería y una turbación que sugería para el personaje sentimientos enamorados que el personaje no tiene. No obstante, aquella ternura se invalida al final de la obra, cuando Laura —¿por qué? ¿por piedad?— decide entregarse al muchacho, y esto cuando momentos antes se ha producido el choque atroz entre ella y su marido. El transcurso entre ambos hechos —por mucha que sea la decepción de Laura ante su marido, por larga que haya sido su soledad, sus palabras indican que se hiere a sí misma con la ruptura— es demasiado urgente y la transición entre ambos no está más que apuntada. Además, la ética del autor, además de ser confusa, podría ser nefasta. Si es cierto que Tom es un

* **Nota de la redacció:** aquest article que reproduim procedeix de l'arxiu personal d'Alberto González Vergel. No hi consta ni la font ni la data de la seva publicació.

hipersensible exquisito —cosa que hemos de creer bajo palabra, porque de ello los únicos supuestos síntomas que se nos dan estriban en que gusta de oír música, estar tumbado en su cama cara al techo, dejarse el pelo largo y rehuir el contacto con prostitutas—, ¿qué impacto producirá en él la decisión repentina de ese ideal suyo que se llama Laura? Pero esto es salirse de los límites del drama.

No digo que los caracteres y reacciones de Té y *simpatía* sean falsas: digo que su comunicación, quizá ambicionando una excesiva sutilidad, no cuenta con suficientes motivos. Los síntomas son escasos y, con mucha frecuencia, equívocos. Así, por ejemplo, hemos de aceptar en el profesor Bill Reynolds una psicología compleja —y freudiana— simplemente por su aspecto evasivo y distante, porque tiene aficiones montañeras y porque se siente más camarada de sus camaradas que espeso de su mujer. La edad de Tom —dieciocho años— me parece excesiva para su candidez y carácter irresoluto y creo que en él se hacen confusos los límites entre la sensibilidad y la debilidad, dada su impotencia para manifestarse enérgicamente. Juega en los hechos, por otra parte, un decano que, si peca de tolerante admitiendo entre sus profesores a un invertido, se pasa de rígido al condenar al alumno simplemente porque se le ha visto bañándose desnudo en unión de aquél. Por último, en ese modelo de comprensión que es Laura, se denuncia una afición un tanto desmedida a redimir hombres de sexualidad dubitativa, ya que, contando a su primer marido, lo intenta con tres. Y es que, repito, la materia incoercible del psicoanálisis se le escapa al autor por defecto o por exceso. Té y *simpatía*, en suma, es una obra inconcreta que recoge una modalidad dramática extinguida hace veinte años, con caracteres equívocos, con evidentes aciertos de análisis —la escena en que los dos compañeros se miran andar y, por observarse, pierden toda espontaneidad; la reacción de asco en Tom cuando intenta darse a una cualquiera—, con eficacia dramática, reiterativa, sumamente hábil, con diálogo naturalista, fresco, fluido y desarrollada con gran delicadeza dado su espinoso asunto. La traducción, de Francisco de Asís, impecable.

González Vergel, al montarla se esforzó porque sus personajes suministraran en su actitud, en sus matices, el detallismo psicológico preciso para sus personajes y que, en ocasiones, el autor no había llegado a desarrollar. A Fernando Marín Calvo —cuyas condiciones de actor son indudables— debió refrenarle el balbuceo tímido y acentuarle más las transiciones, el estupor, la angustia que Tom siente cuando le van descubriendo de qué se le acusa. Acepto la versión que Carlos Lemos dio de su papel —huidizo, con fugaces transparencias de su verdadero complejo interior, un poco blando—, pero estimo que el caso del profesor Reynolds es más bien el del hombre que se ha buscado un sistema de retención —el deporte— para sus inclinaciones incertas y que, con él, las ha segado, si bien persiste la raíz. Antonia Más, artificiosa en un papel artificioso. Perfectamente encajados Jalón y Arturo López. Digno el resto. Pastora Peña, aparte de lo que ya dije, dulce y discreta, suave y en tono medio. Con esa seguridad naturalísima que le caracteriza, activo y práctico, primitivo en sus reacciones, según debía ser, Antonio Prieto. La decoración —de Mampaso—, elegante y noble, pero acaso con un innecesario complejo de puertas. Excelente la música de guitarra —compuesta por Cristóbal Halfter— con la que fue matizada la acción. Hay que destacar, por último, la armonía que Vergel supo lograr con el conjunto de elementos —intérpretes, luces, sonido, movimiento— y la sobriedad con que mantuvo esa armonía.